

LA SINODALIDAD EN LA FAMILIA MONTFORTIANA

(por el Hermano Jean-Claude LAVIGNE, O.P. el 7 de agosto de 2023)

Sínodo viene de la palabra camino (oidos), camino a hacer juntos. Interrogarse sobre la sinodalidad en la familia espiritual montfortiana es, pues, preguntarse sobre el camino hecho juntos y sobre lo que podría hacerla más fácil o más «rodante» (lenguaje de las autopistas).

La sinodalidad en la familia montfortiana es ante todo un interrogante sobre cómo sois misioneros juntos. Ahora bien, es bien sabido que la historia de la Iglesia nos deja en un déficit de relaciones hombres/mujeres, sacerdotes/no sacerdotes... males que hoy se llaman clericalismo y/o machismo. Por tanto, la sinodalidad es un camino para imaginar nuevas formas de estar juntos para la misión, asociando las fuerzas y las sensibilidades de los diferentes miembros de la familia. Es sinónimo de participación en las decisiones, de toma de palabra por todos, de descubrimiento común de los nuevos desafíos de la evangelización y de la aplicación común de acciones. Es el reconocimiento de que el carisma no pertenece solo a unos pocos, sino a todos los creyentes.

La sociedad que conocieron Luis María Grignon de Montfort y Marie Louise Trichet no era una sociedad muy democrática (Luis XIV), realmente no más del tiempo de Gabriel Deshayes y no es posible hablar en este contexto de sinodalidad, pero nos impresiona la voluntad de LMG de implicar a todos los grupos sociales en las misiones, de crear asociaciones que vivan juntos de manera original su bautismo, de implicar a laicos en la actividad misionera... Existe, pues, en el contexto cultural y social de la época un deseo de compartir con otros la misión, que desarrolla con ejemplos concretos la Carta de Luiz Stefani de mayo de 2021 sobre los laicos asociados. En esta carta se insiste también en la misión con los más pobres y en la preocupación por anunciar la Buena Nueva a los más humildes de la sociedad. El P Luiz también destaca el aspecto de equipo para hacer la misión. También se podrían destacar los consejos de congregación que existen en las diferentes ramas y que son lugares internos de sinodalidad, así como vuestras reuniones íter-ramas de vuestra familia espiritual.

Esta sinodalidad es un rasgo de toda la Iglesia y no solo un cuestionamiento sobre el lugar de los laicos, lo que la Iglesia ya había recordado en diversos documentos (Christifideles laici, 1988...) pero que sigue siendo en gran parte letra muerta en lo concreto del terreno. Es una manera de movilizar a todos los cristianos en un trabajo común. Todos los cristianos como pueblo de Dios como decía el Vaticano II (Lumen gentium). Una movilización general, pues, para cuestionarse y tratar de implicarse juntos en la misión. La encíclica «Ecclesiam suam» (Agosto 1964) escribía: los creyentes hacen la Iglesia conversando. La sinodalidad es, por tanto, un gran movimiento para conversar entre nosotros, para dialogar, para compartir puntos de vista a partir de experiencias diferentes, para imaginar un arte de vivir cristiano que sea portador de esperanza para toda la humanidad y es lo que construye la Iglesia, le da vitalidad.

Este movimiento global impone a la familia montfortiana no sólo dialogar internamente a partir de su diversidad de estados de vida y de prioridades apostólicas, sino también de su sensibilidad en cuanto a la manera de ser cristianos, pero también dentro de la Iglesia con las otras familias espirituales. Tenga cuidado de no ser pequeñas capillas cerradas ignorantes de los demás ... ahora bien, sabemos que el debate con los demás no es sencillo (tradicionalistas o incluso clásicos extremos) y no ganado de antemano. En la Iglesia y sobre todo fuera de la Iglesia, en nuestra sociedad tal como es (no de manera soñada), con sus partes buenas y malas, con su ateísmo y sus creencias irracionales. «Salir de las sacristías» decía el Papa Francisco, «ser una comunidad en salida».

El carisma montfortiano es seductor y puede ayudar a nuestro mundo: el lugar de María, la encarnación, el gusto por la misión, la preocupación por el Reino... vivido de diversas maneras por los padres y hermanos de la Compañía de María, los hermanos Montfortianos Gabrielistas, las Hijas de la Sabiduría y las ramas laicas asociadas a estos tres grupos, así como numerosas pequeñas organizaciones marianas que se reconocen en la consagración a María y en las intuiciones espirituales de LMG de M. Su atractivo sigue siendo sin embargo modesto y poco conocido en Europa lo que sugiere la necesidad de un mayor aliento profético en este continente, de una renovación que puede surgir en la puesta en común de las sensibilidades y de las innovaciones, de la audacia creativa, para encarnar el carisma.

En el capítulo de los misionnaires de la compañía de María en Roma en mayo de este año se ha puesto el acento en la misión JUNTOS (la trieta, PE 18), lo que colorea la sinodalidad de manera concreta. Pero la misma preocupación atraviesa toda la familia montfortiana.

JUNTOS en una sociedad que preconiza más bien el individualismo y la hace la clave del dinamismo. En esto la sinodalidad es profética: enunciación/anunciación/visitación para proponer otra manera de ser felices en el mundo contemporáneo donde reinan la rivalidad y la competencia desenfrenada.

JUNTOS no en una confusión entre estados de vida que conduce a la dominación de los más poderosos y al triunfo despótico de un estado sobre los demás... de ahí una organización para que este trabajo conjunto sea productivo (cf. las asociaciones fundadas por Montfort) y un diálogo constante para ajustarse de manera complementaria a la misión en el momento en que la Iglesia atraviesa crisis y la fe católica está en retroceso (29%).

JUNTOS para hacer surgir el bien común y no solo la mayoría o el interés general, con una dimensión universal. El bien común es el horizonte de la vida cristiana; es fruto del trabajo del E.S. y de la inteligencia de cada uno que se despliega tanto en la escucha de los argumentos de los demás como en el discernimiento de lo que sirve a todos; que busca el bien de cada uno Y de todos y genera soluciones y organizaciones favorables a la verdadera felicidad.

JUNTOS para hacer la Iglesia de Jesucristo, un lugar para presentar en nuestro mundo contemporáneo un espacio donde la esperanza no es una ilusión o una mistificación. Un lugar de consuelo (por tanto de escucha) y de confianza en la fuerza de la fraternidad para afrontar el mal y la desgracia. Un lugar donde dejarse tocar por Dios en verdad para abrirse a más vida.

MÁS QUE JUNTOS: en familia... no hay un modelo único de la familia, sobre todo hoy, pero algunos elementos son comunes: solidaridad y preocupación por el otro, y un lugar donde la palabra puede ser arriesgada en la confianza (pero también en marcos conocidos y protectores)

La solidaridad: ser fuertes. Es el proyecto de compartir el tesoro espiritual que constituye el carisma (cf CIC) con lo que es cada uno, en la diversidad de las culturas. Con la suerte y el desafío de la internacionalidad, un elemento esencial frente a los repliegues de identidad. Pararse unos a otros para afrontar la adversidad en todas sus formas:

- preocupándose por la felicidad de los demás, por el desarrollo de su dignidad, rechazando la indiferencia ante el sufrimiento de los demás, insertando su camino singular en nuestra propia aventura humana y en nuestras elecciones, incluso cotidianas, y nuestras oraciones, nuestras confesiones de fe.
- donde el discurso puede ser arriesgado en la confianza de ser entendido (o por lo menos con un apriori de la benevolencia). Un lugar donde se puede decir lo que nos habita, nos hace soñar, nos ayuda a mantenerse... no realmente implementado plenamente, por desgracia, un lugar donde el miedo se reduce (nunca totalmente ausente) lo que permite ver mejor al otro tal como es con sus potencialidades.

Así, la sinodalidad es más que un foro de discusión o incluso de búsqueda de una estrategia o de una acción comunes, es una verdadera iniciativa espiritual que pone el encuentro del otro en el centro de su vida. Quien lo pone en el centro pero no se lo apropia, no lo idealiza o no quiere formatearlo a su propia imagen pero acepta la diferencia porque se cree que es enriquecedor más allá de las dificultades, los rechazos y los desacuerdos que no hay que evacuar de manera angélica.

El otro que siempre escapa (misterio del ser) a lo que quisiera que fuera o que piense (como yo), que lucha en secreto contra todas las formas del «no ser» que lo invade, que tiene su propia libertad de huir de mí o de amarme, que no siempre sabe quién es y lo que realmente quiere... y él, frente a mí, que tiene la misma complejidad. Es en esta extraña alquimia que el cristiano, y con mayor razón el misionero montfortiano, está llamado a situarse, donde quiere situarse habiendo comprendido que allí estaba la llamada que le dirigía Jesús y la búsqueda de su propia felicidad. Ser misionero y, por tanto, montfortiano es responder a una convicción -podríamos llamarla una vocación- que el encuentro de Cristo y el del otro son indisolubles (1 Juan 4 y/o Marcos 12,28s).

La sinodalidad es así una propuesta que va mucho más allá de una reorganización institucional -que ciertamente es necesaria pero no suficiente si no existe la dimensión espiritual que lleva al otro- que quiere volver a poner el encuentro en el centro de la vida creyente: encuentro del otro y encuentro de Dios, un solo movimiento, pero dos espacios distintos e interconectados. La sinodalidad no es solo una técnica societal de encuentro o de debate para mejorar la vida juntos en la Iglesia o en la familia espiritual, sino también un momento que se abre con la oración los unos por los otros, con la alabanza por lo que es bello en las relaciones que se tejen, con las peticiones lanzadas a Dios por intercesión de la Virgen María y de silencio contemplativo compartido. El silencio contemplativo para recibir y percibir la palabra de Dios en su hoy.

Explorar todas estas dimensiones de la sinodalidad hace nacer múltiples preguntas y campos muy diversos de transformación de nuestras vidas, pero a menudo el acento se ha centrado en cuestiones de organización eclesiales y esto decepciona. Pocos creyentes se han implicado realmente en Europa occidental, anticipando una ineficacia de este proceso mundial, demasiado extenso para producir algo nuevo. Quizás podríamos ir más lejos en nuestras familias espirituales para quienes compartir y confiar ya son, por una parte, hábitos... a desarrollar

Hno. JCL